

Fareed Zakaria,
*The Future of Freedom. Illiberal Democracy at
Home and Abroad*, W.W. Norton & Co.,
Nueva York / Londres, 2003

Zakaria sostiene la tesis de que, por primera vez en la historia, vivimos en un mundo democrático. En más del 60% de los estados rigen gobiernos elegidos por sus ciudadanos. Más aún, la democracia ha pasado de ser un régimen político a todo un modo de vida. La economía se ha democratizado porque el consumo, el ahorro y la inversión se han convertido en auténticos “fenómenos de masas” en los que participan cientos de millones de personas. Los pequeños grupos de capitalistas han perdido el poder en las grandes empresas en favor de los grandes colectivos de trabajadores-accionistas, suscritos a fondos de pensiones. También la cultura se ha democratizado porque la clave del éxito de sus diversas manifestaciones ya no es a quiénes gustan sino a cuántos. Hasta la religión se ha democratizado porque, salvo contadísimas excepciones, las iglesias han agudado su acervo doctrinal, procurando acomodarse a las creencias y a los deseos de sus feligreses. La democracia ha quedado como el único modo, aceptado y reconocido por las clases dominantes, de legitimar el poder.

Lo sorprendente -continúa el autor- es que la democracia no siempre ha traído consigo los beneficios que se asocian al liberalismo constitucional, que implica, además de la celebración regular de elecciones libres, el estado de derecho, la separación de poderes y la protección de libertades básicas como las de expresión, de asamblea, de religión y de propiedad privada, entre otras. Con frecuencia alcanzan el poder por medios democráticos personas y grupos que se inclinan hacia el racismo, el fascismo, el separatismo, el fundamentalismo religioso, así como líderes con idearios populistas. La democracia incluso ha preparado el camino a dictaduras y tiranías. A veces, una democracia puramente procedimental ha tenido el efecto contraproducente de conculcar los derechos políticos, civiles, económicos, sociales y religiosos de los ciudadanos. Estos peligros son, en gran parte, reediciones de los ya previstos por Tocqueville: la tiranía de las mayorías y el populismo.

¿Cómo salvar a la democracia de sí misma? Zakaria propone ante todo la restauración de la autoridad en aquellas instituciones en las que se había

292 perdido debido a la infiltración democrática: en las familias, en los sistemas educativos, en las organizaciones culturales, en las empresas, en las jerarquías religiosas y en los partidos políticos. En todos los ámbitos hace falta revitalizar nuevas elites que guíen y orienten a la sociedad. Paradójicamente, para su buen funcionamiento, la democracia depende del estado de salud de un conjunto de instituciones cuyos regímenes no son democráticos. La raíz del mal está justamente en haber absolutizado el gobierno democrático, que en realidad no es nada más que un sistema o un instrumento de organización política. La restauración de la autoridad en los diversos ámbitos, por la que aboga Zakaria, podría ser el primer paso hacia una regeneración moral más amplia que la sociedad -y no sólo la democracia- exige. La advertencia aristotélica de que el mejor régimen político es aquel que goza de los mejores ciudadanos -también en sentido ético- no ha perdido vigencia.

Alejo José G. Sison